

al hombre y que así como le sucedió pudo haberle no ocurrido, mera contingencia y accidente que en nada lo afecta, sino como algo que lo va constituyendo en su ser espiritual; la historia, por lo tanto, como una modalidad de lo que llamamos la vida. Y es que este trabajo, no obstante sus flaquezas es, en definitiva, una inspección del *modus operandi* y del *modus vivendi* de la historia: revela —dentro de los límites del campo de observación elegido— cómo del seno de una determinada imagen del mundo, estrecha, particularista y arcaica, surge un ente histórico imprevisto e imprevisible que, al irse constituyendo en su ser, opera como disolvente de la vieja estructura y cómo, al mismo tiempo, es el catalítico que provoca una nueva y dinámica concepción del mundo más amplia y generosa.

Es claro, entonces, que el lector debe estar preparado para advertir sin sorpresa que los problemas que aquí se estudian desbordan por todos lados los límites concretos del tema americano, para acabar ofreciendo una idea de la marcha y progresos de la Cultura de Occidente, que así se revela como el único proyecto vital de la historia con verdadera promesa en virtud de la dialéctica interna que lo vivifica.

PRIMERA PARTE

HISTORIA Y CRÍTICA DE LA IDEA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

¡Hasta que, por fin, vino alguien a descubrirme!

Entrada del 12 de octubre de 1492 en un
imaginario *Diario íntimo de América*.

I

No SERÁ difícil convenir en que el problema fundamental de la historia americana estriba en explicar satisfactoriamente la aparición de América en el seno de la Cultura Occidental, porque esa cuestión involucra, ni más ni menos, la manera en que se conciba el ser de América y el sentido que ha de concederse a su historia. Ahora bien, todos sabemos que la respuesta tradicional consiste en afirmar que América se hizo patente a resultas de su descubrimiento, idea que ha sido aceptada como algo de suyo evidente y constituye, hoy por hoy, uno de los dogmas de la historiografía universal. Pero ¿puede realmente afirmarse que América fue descubierta sin incurrirse en un absurdo? Tal es la duda con que queremos iniciar estas reflexiones.

Empecemos por justificar nuestro escepticismo, mostrando por qué motivo es lícito suscitar una duda al parecer tan extravagante. La tesis es ésta: que al llegar Colón el 12 de octubre de 1492 a una pequeña isla que él creyó pertenecía a un archipiélago adyacente al Japón fue como descubrió a América. Bien, pero preguntemos si eso fue en verdad lo que él, Colón, hizo o si eso es lo que ahora se dice que hizo. Es obvio que se trata de lo segundo y no de lo primero. Este planteamiento es decisivo, porque revela de inmediato que cuando los historiadores afirman que América fue descubierta por Colón no describen un hecho de suyo evidente, sino que nos ofrecen la manera en que, según ellos, debe entenderse un hecho evidentemente muy distinto: es claro, en efecto, que no es lo mismo llegar a una isla que se cree cercana al Japón que revelar la existencia de un continente de

la cual, por otra parte, nadie podía tener entonces ni la menor sospecha. En suma, se ve que no se trata de lo que se sabe documentalmente que aconteció, sino de *una idea* acerca de lo que se sabe que aconteció. Dicho de otro modo, que cuando se nos asegura que Colón descubrió a América no se trata de un hecho, sino meramente de la interpretación de un hecho. Pero si esto es así, será necesario admitir que nada impide, salvo la pereza o la rutina, que se ponga en duda la validez de esa manera peculiar de entender lo que hizo Colón en aquella memorable fecha, puesto que, en definitiva, no es sino una manera, entre otras posibles, de entenderlo. Es, pues, lícito suscitar la duda que, en efecto, hemos suscitado.

Pero suscitada la duda, es muy importante comprender bien su alcance, porque hay riesgo de incurrir en un equívoco que conduciría a una confusión lamentable. Entiéndase bien y de una vez por todas: el problema que planteamos no consiste en poner en duda si fue o no fue Colón quien descubrió América, ya que esa duda supone la admisión de la idea de que América fue descubierta. No, nuestro problema es lógicamente anterior y más radical y profundo: consiste en poner en duda si los hechos que hasta ahora se han entendido como el descubrimiento de América deben o no deben seguir entendiéndose así. Por consiguiente, lo que vamos a examinar no es cómo, cuándo y quién descubrió a América, sino si la idea misma de que América fue descubierta es una manera adecuada de entender los acontecimientos, es decir, si con esa idea se logra o no explicar, sin objeción lógica, la totalidad del fenómeno histórico de que se trata. Nada, pues, tiene de extravagante nuestra actitud. Es la de un hombre de ciencia que, frente a una hipótesis la sujeta a revisión, ya para conformarse con ella si no encuentra una explicación mejor, ya para rechazarla y sustituirla por otra en caso contrario. Tal ha sido siempre la marcha en el progreso del conocimiento.

Nos persuadimos de que las consideraciones anteriores son suficientes para que, por lo menos, se nos conceda el beneficio de la duda. Quien no lo estime así, debe suspender esta

lectura para seguir encastillado en sus opiniones tradicionales. Quien, por el contrario, comprenda que estamos frente a un verdadero problema ha dado ya el paso decisivo: ha despertado, como decía Kant, de su sueño dogmático.

Una vez puesta en duda la validez de la idea que explica la aparición de América como el resultado de su descubrimiento, debemos pensar de qué modo puede ponerse a prueba. En principio esto no ofrece mayor dificultad. En efecto, como toda interpretación responde a una exigencia previa, que es de donde depende su verdad, el problema se reduce a examinar si dicha exigencia conduce o no a un absurdo, porque es claro que de ser así se debe rechazar la interpretación para sustituirla por otra más satisfactoria. Pero ¿cómo, entonces, comprobar si eso acontece en nuestro caso? He aquí la cuestión.

Pues bien, como la idea de que Colón descubrió a América cuando aportó a una isla que creyó cercana al Japón no describe el suceso histórico según aparece en los testimonios, es obvio que la exigencia que generó aquella interpretación no procede del fundamento empírico del hecho interpretado, es decir, es obvio que no se trata de una interpretación apoyada de los hechos (*a posteriori*), sino de una interpretación fundada en una idea previa acerca de los hechos (*a priori*). Pero si eso es así, ¿qué es lo que debemos examinar para averiguar en qué consiste esa idea previa para poder comprobar si conduce o no a un absurdo? La respuesta no ofrece duda: puesto que en nada aprovecha examinar el hecho interpretado, porque de él no depende la idea, es claro que debemos examinar el hecho mismo de la interpretación que es un hecho tan histórico como el otro. En una palabra, que para saber a qué se debe la idea de que Colón descubrió a América a pesar de que se sabe que él ejecutó un acto muy distinto, es necesario averiguar cuándo, cómo y por qué se pensó eso por primera vez y por qué se sigue aceptando. Es decir, será necesario reconstruir la historia, *no del descubrimiento de América, sino de la idea de que América fue descubierta*, que no es lo mismo. Y eso es lo que vamos a hacer.¹

II

Puesto que nuestra tarea consiste en contar la historia de la idea del descubrimiento de América, lo primero que debe preocuparnos es averiguar el origen de esa idea. Sabemos que Colón no es responsable de ella. ¿Cuándo, entonces, se concibió por primera vez el viaje de 1492 como una empresa de descubrimiento?

Una pesquisa documental realizada en otra obra,² nos enseñó que la idea se gestó en un rumor popular que los eruditos llaman la "leyenda del piloto anónimo". Vamos a recordarlo brevemente de acuerdo con las noticias del padre Bartolomé de las Casas, el testigo más directo que tenemos acerca de ese particular. Dice que los primitivos colonos de la Isla Española (Haití empezó a poblarse por los españoles en 1494), entre quienes había algunos que acompañaron a Colón en su primer viaje, estaban persuadidos de que el motivo que determinó al almirante para hacer la travesía, fue el deseo de mostrar la existencia de unas tierras desconocidas de las que tenía noticia por el aviso que le dio un piloto cuya nave había sido arrojada a sus playas por una tempestad.³

Considerando la temprana fecha y el contenido del relato, es forzoso concluir que en él se concibe por primera vez el viaje de 1492 como una empresa de descubrimiento, puesto que en lugar de admitir el verdadero propósito que animó a Colón —que era llegar al extremo oriental de Asia—, se dice que su finalidad fue revelar unas tierras desconocidas.

Esta manera de comprender la "leyenda" ha sido objetada por dos motivos. Se alega que es indebido concederle el sentido de una interpretación del viaje colombino, primero, porque el hecho que se relata es falso y segundo, porque la "leyenda" no tuvo ese objeto, sino que fue forjada como una arma polémica para emplearse en contra de los intereses y prestigio de Colón.⁴ Ahora bien, admitiendo la verdad de esas dos circunstancias, no es difícil ver que ninguna constituye una objeción a nuestra tesis. En efecto, respecto a la primera es obvio que la falsedad objetiva del relato no impide que contenga una interpretación del suceso a que se refiere.

Si hiciéramos caso de ese argumento la mayoría de los historiadores modernos tendrían que afirmar que, por ejemplo, *La Ciudad de Dios* de San Agustín no contiene una interpretación de la historia universal, porque es falso que exista una providencia divina que norma y rige los destinos humanos. El segundo cargo es igualmente ineficaz, porque es claro que de ser cierto que la "leyenda" tuvo por propósito fabricar un arma polémica contra los intereses y prestigio de Colón, sólo concediéndole el significado de una interpretación del viaje podía servir para ese efecto. Es como si, para tomar el mismo ejemplo, se alegara que no es debido aceptar *La Ciudad de Dios* como una interpretación de la historia universal, porque el objeto que persiguió San Agustín al escribirla fue, como en efecto fue, ofrecerle al Cristianismo un arma polémica contra los paganos. Dejemos a un lado, pues, esas supuestas objeciones, y pasemos a considerar la verdadera dificultad que presenta el hecho mismo de la existencia de la "leyenda" y del amplio crédito que, como es sabido, se le concedió de inmediato.⁵

En efecto, no es fácil comprender a primera vista cómo pudo surgir la "leyenda" y por qué fue aceptada por encima y a pesar de que la creencia de Colón de haber llegado a Asia se divulgó como cosa pública y notoria al regreso de su primer viaje. La solución a este pequeño enigma ha preocupado a muchos escritores modernos, sin que, a decir verdad, lo hayan resuelto satisfactoriamente, porque o se limitan a mostrar su indignación contra el anónimo "envidioso" que inventó tan fea calumnia,⁶ o bien niegan el problema en lugar de resolverlo, alegando, contra toda evidencia, que la creencia de Colón era un secreto del que no estaban enterados los historiadores.⁷ A mí me parece que la solución se encuentra en el general escepticismo con que fue recibida la creencia de Colón,⁸ porque así se entiende que, fuera de los círculos oficiales bien enterados, se dudara de la sinceridad de ese "italiano burlador" como le decían algunos,⁹ y que, por lo tanto, se buscara una explicación a su viaje apoyada en alguna circunstancia más o menos plausible. Se pueden imaginar muchos posibles pretextos, e incluso algunos eruditos

han creído poder señalar el que consideran el “núcleo histórico” de la “leyenda”,¹⁰ y hasta podría pensarse que alguna frase del propio Colón haya dado piel al cuento o por lo menos que lo haya sugerido.¹¹

Estas especulaciones tienen, sin embargo, un interés muy secundario para nuestros propósitos, porque lo decisivo es que al surgir la “leyenda” como explicación histórica del viaje se inició el proceso del desconocimiento de la finalidad que realmente lo animó, y esta circunstancia, que llamaremos “la ocultación del objetivo asiático de la empresa”, es, ni más ni menos, la condición de posibilidad de la idea misma de que Colón descubrió a América, según hemos de comprobar más adelante.

Pero si es cierto que en la “leyenda” está el germen de esa interpretación no debemos sobrestimar su alcance. De momento es obvio que no se trata aún del descubrimiento de América, pues la “leyenda” sólo se refiere a unas tierras indeterminadas en su ser específico, y no es menos obvio que, de acuerdo con ella, el verdadero descubridor sería el piloto anónimo por haber sido el primero que realizó el hallazgo. De estas conclusiones se infiere, entonces, que el próximo paso consistirá en ver de qué manera el viaje de 1492, ya interpretado como una empresa descubridora de tierras ignoradas, será referido específicamente a América y cómo pudo atribuirse el descubrimiento a Colón en lugar de atribuírselo a su rival, el piloto anónimo.

III

El texto más antiguo donde aparece Colón como el descubridor de América es el *Sumario de la natural historia de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo, libro publicado unos treinta años después de la época en que debió surgir la “leyenda del piloto anónimo”.¹² Este pequeño libro no es sino una especie de breve anticipo de la *Historia general* que ya escribía por entonces el autor, y en él se limita a consignar

las noticias acerca de la naturaleza de América que, a su parecer, podían interesar más vivamente al emperador don Carlos, a quien va dedicado. No es sorprendente, entonces, que en el *Sumario* sólo se encuentre una alusión a nuestro tema, pero una alusión muy significativa.

Remitiendo al lector a lo que aparecerá en la *Historia general* donde, según dice, tratará por extenso el asunto, Oviedo afirma que “como es notorio”, Colón descubrió las Indias (es decir, América) en su viaje de 1492.¹³ Eso es todo, pero no es poco si consideramos que aquí tenemos afirmada por primera vez de un modo inequívoco la idea cuya historia vamos reconstruyendo.

Ahora bien, si no estuviéramos en antecedentes, la opinión de Oviedo resultaría muy desconcertante, porque sin tener conocimiento de la previa interpretación contenida en la leyenda del piloto anónimo y de la ocultación que en ella se hace de los motivos que animaron a Colón y de su creencia de haber llegado a Asia, sería muy difícil explicarla. En efecto, es claro que si a Oviedo le parece “notorio” que lo realizado por Colón fue descubrir unas tierras ignotas, es decir, si le parece que semejante manera de entender el viaje de 1492 es algo que no requiere prueba ni justificación, tiene que ser porque así era como se venía entendiendo desde antes. Se trataba, pues, de una opinión recibida que él simplemente recoge y repite.

Pero si esto parece indiscutible, no se ve tan fácilmente por qué Oviedo no refiere el descubrimiento a sólo unas regiones indeterminadas como acontece en la leyenda, sino específicamente a las Indias, o sea a América. La razón de tan decisivo cambio es que durante los treinta años que habían transcurrido desde que apareció la “leyenda” se había desarrollado un proceso ideológico que culminó, como veremos en la Segunda Parte de este trabajo, en la convicción de que las tierras visitadas por el almirante en 1492 formaban parte de una masa continental separada de Asia y concebida, por lo tanto, como un ente geográfico distinto, llamado América por unos y las Indias, por los españoles.¹⁴

Así, al dar Oviedo por supuesta como verdad indiscutible

la interpretación del viaje de 1492 como una empresa descubridora, también dio por supuesto que dicho descubrimiento fue de las Indias (América), ya que sólo con ese ser conocía las regiones halladas por Colón.

Pero esta nueva manera de entender la hazaña colombina que consiste, según acabamos de explicar, en interpretar un acto de acuerdo con los resultados de un proceso de fecha muy posterior del acto interpretado, suscitó un grave problema que conviene puntualizar, porque será el eje en torno al cual va a girar toda esta extraordinaria historia. En efecto, como a diferencia de la "leyenda" se afirma ahora que el descubrimiento fue, no de unas regiones indeterminadas en su ser, sino de un continente imprevisible, para poder afirmar que Colón reveló la existencia de dicho continente, será indispensable mostrar que tuvo conciencia del ser de eso cuya existencia se dice que reveló, pues de lo contrario no podría atribuirse a Colón el descubrimiento. Para que esto quede enteramente claro vamos a poner un ejemplo. Supongamos que el velador de un archivo encuentra un viejo papiro en una bodega. Al día siguiente le da la noticia a un profesor universitario de letras clásicas y éste reconoce que se trata de un texto perdido de Aristóteles. La pregunta es ésta: ¿quién es el descubridor de ese documento, el velador que lo halló o el profesor que lo identificó? Es evidente que si se le considera como puro objeto físico, como un papiro cualquiera, fue el velador el descubridor. Ése es el caso de la interpretación contenida en la leyenda del piloto anónimo. Pero es igualmente evidente que si se considera el documento como un texto de Aristóteles, su descubridor fue el profesor, puesto que él fue quien tuvo conciencia de lo que era. Así, si alguien enterado del suceso quisiera mantener que el verdadero descubridor del texto de Aristóteles había sido el velador del archivo y que a él le correspondía la fama científica del hallazgo, nadie estaría de acuerdo a no ser que mostrara que tuvo conciencia de lo que había encontrado en aquella bodega. Ése es, precisamente, el caso en que se coloca Oviedo y todos los que, después de él, van a sostener que Colón fue el descubridor de América. Y ya se irá columbrando la difi-

cultad del trance, cuando ya no sea posible seguir desconociendo lo que en realidad pensó Colón de su hallazgo. Esta crisis, sin embargo, no se presentará de inmediato, porque, según indicamos, la consecuencia fundamental de la "leyenda" fue ocultar, precisamente, aquella opinión.

Planteada así la situación, vamos a examinar en seguida los intentos que se hicieron por superarla. Se trata de tres teorías sucesivas que integran un proceso lógico y que, como se verá oportunamente, acabará fatalmente por reducir al absurdo la idea del descubrimiento de América.

IV

Lo acabamos de ver: una vez lanzada la idea de que lo descubierto era América, es decir, un continente hasta entonces no sólo imprevisible sino imprevisible, el único problema que quedaba era a quién atribuirle la fama de tan extraordinario suceso, al piloto anónimo o a Cristóbal Colón, o para decirlo en términos de nuestro ejemplo, al velador que halló el papiro o al investigador que lo identificó como un texto de Aristóteles. Para resolver este conflicto hubo dos intentos iniciales, ambos insuficientes por lo que se verá en seguida, y un tercero que supo encontrar la solución al dilema. El conjunto de estos esfuerzos constituye la primera gran etapa del proceso. Vamos a examinarla en sus pasos fundamentales.

1. Primer intento: Oviedo. *Historia general y natural de las Indias*.¹⁵ He aquí la tesis:

A. La explicación tradicional de cómo ocurrió el descubrimiento de América es insatisfactoria, porque el relato del piloto anónimo es dudoso. Pero suponiendo que sea cierta la intervención de ese personaje, es a Colón a quien corresponde la gloria del descubrimiento de las Indias.

B. La razón es que, independientemente de si recibió o no el aviso del piloto anónimo, Colón supo lo que eran las tie-

rras cuya existencia reveló, es decir, tuvo conciencia del ser de esas tierras.

C. Pero ¿cómo? Colón, dice Oviedo, sabía lo que iba a encontrar desde que propuso el viaje. En efecto, como las Indias, explica, no son sino las Hespérides de que tanta mención hacen los escritores antiguos, Colón se enteró de su existencia y ser por medio de la lectura de esas obras. Así, sabedor de que tales tierras existían y de lo que eran, y quizá corroborado, además, por la noticia del piloto anónimo, salió a buscarlas y las descubrió.¹⁶

2. Segundo intento: Gómara. *Historia general de las Indias*.¹⁷ He aquí la tesis:

A. La explicación tradicional es satisfactoria, porque el relato del piloto anónimo es verdadero.

B. Lo que resulta fabuloso es pensar que Colón haya averiguado la existencia de las tierras que halló por lecturas en los libros clásicos. Cuanto se puede conceder es que corroboró la noticia del piloto anónimo con las opiniones de hombres doctos acerca de lo que decían los antiguos sobre "otras tierras y mundos".

C. Colón, por lo tanto, sólo es un segundo descubridor. El primero y verdadero fue el piloto anónimo, porque a él se debe el conocimiento de las Indias que hasta entonces habían permanecido totalmente ignoradas.¹⁸

Si consideramos estas dos tesis, se advierte que ninguna logra resolver satisfactoriamente el problema. La de Oviedo, es cierto, cumple con el requisito que debe concurrir en el descubridor, porque Colón aparece como *teniendo conciencia del ser específico de las tierras* cuyo descubrimiento se le atribuye. Pero el descubrimiento, en cambio, deja de ser propiamente eso, porque al identificarse América con las Hespérides, ya no se trata de algo cuya existencia era desconocida, sino meramente de algo olvidado o perdido.¹⁹

La tesis de Gómara, por su parte, adolece del defecto contrario: se mantiene en ella, es cierto, la idea de que se trata de unas tierras cuya existencia se desconocía, pero no se cum-

ple, en cambio, el requisito por parte del descubridor de la conciencia de lo que eran.

En ambas tesis, aunque por motivos opuestos, el acto que se atribuye no corresponde al acto que se dice fue realizado.

Estas reflexiones muestran que la solución tenía que combinar los aciertos respectivos de las tesis precedentes, evitando sus fallas. Tenía que mantenerse la idea de que se ignoraba la existencia de las tierras objeto del descubrimiento, como lo hizo Gómara, y mostrar, sin embargo, que el descubridor tuvo conciencia previa de que existían, según lo intenta Oviedo. Quien logró conciliar unos extremos al parecer tan incompatibles fue el bibliófilo y humanista don Fernando Colón, en la célebre biografía que escribió de su famoso padre. Veamos cómo y a qué precio logró hacerlo.

3. Tercer intento: Fernando Colón. *Vida del Almirante*.²⁰ He aquí la tesis:

A. Nadie antes de Colón supo de la existencia de las tierras que halló en 1492. Es, pues, falso que alguien le haya dado noticias de ellas, y falso que haya leído de ellas en antiguos libros.

B. Lo que pasó es que Colón tuvo la idea de que al occidente de Europa tenía que existir un continente hasta entonces ignorado.

C. Pero si era ignorado, cómo, entonces, tuvo Colón idea de que existía. La tuvo, dice don Fernando, por una genial inferencia deducida de sus amplios conocimientos científicos, de su erudición y de sus observaciones. Es decir, tuvo esa extraordinaria idea como hipótesis científica.²¹

D. La empresa de 1492 no fue, pues, de corroboración de una noticia que hubiere tenido Colón; fue de comprobación empírica de su hipótesis, sólo debida a su talento. Con el viaje que emprendió en 1492, Colón mostró, por consiguiente, la existencia de un continente ignorado, no de regiones conocidas pero olvidadas según pretende Oviedo; y al mostrar su existencia reveló lo que era, porque previamente lo sabía. Colón, pues, es el descubridor indiscutible de América.

E. Es cierto que ese continente se conoce ahora con el nombre de "Indias"; pero eso no significa, como pretenden algunos, que Colón haya creído que había llegado a Asia. La explicación es que, sabiendo muy bien que se trataba de un continente distinto, él mismo le puso aquel nombre, no sólo por su relativa cercanía a la India asiática, sino porque de esa manera logró despertar la codicia de los reyes para animarlos a patrocinar la empresa.²²

F. De este modo, don Fernando no sólo aprovecha la ocultación que ya existía respecto a las verdaderas opiniones de su padre, sino que deliberadamente la fomenta al dar una falsa explicación del indicio que revelaba la verdad de aquellas opiniones, pues es indiscutible que él las conocía. En efecto, es lógico suponer ese conocimiento por muchos obvios motivos y, entre otros y no el menos, porque don Fernando acompañó a Colón en su cuarto viaje que fue cuando, después de cierta vacilación en el tercero, el almirante quedó absoluta y definitivamente persuadido de que todos los litorales que se habían explorado eran de Asia. Tal la tan mal comprendida y equívoca tesis de don Fernando Colón.²³

Ahora bien, se advierte que esta tesis, en que la ocultación de las ideas de Colón ya no se debe a un mero escepticismo, sino a un calculado deseo de esconderlas, logra conciliar los dos requisitos del problema. Es de concluirse, entonces, que en ella encontró su solución adecuada, pero, claro está, sólo mientras se pudiera mantener escondida la opinión que se formó Colón de su hallazgo. Desde este momento, por otra parte, la rivalidad entre el piloto anónimo y Colón quedó decidida a favor de éste, porque si es cierto que la tesis de Gómara siguió teniendo muchos adeptos de no poca distinción,²⁴ no lo es menos que semejante actitud no representa un nuevo paso, sino un mero arrastre de inercia tradicionalista. Por este motivo aquí no cabe ocuparnos de ello. Vamos a examinar, en cambio, a qué se debió que la solución tan equívocamente alcanzada por don Fernando haya entrado en crisis, impulsando de ese modo al proceso hacia la segunda etapa de su desarrollo. Esta mudanza se debe al pa-

dre Las Casas cuya intervención, por consiguiente, procede estudiar en seguida.

V

Bartolomé de las Casas. *Historia de las Indias*.²⁵

A. La premisa fundamental es la concepción providencialista de la historia: Dios es la causa mediata y eficiente, y el hombre, la causa inmediata e instrumental. Así, el descubrimiento de América es el cumplimiento de un designio divino que fue realizado por un hombre elegido para ese efecto.²⁶

B. Ese hombre fue Cristóbal Colón, a quien Dios dotó de todas las cualidades necesarias para llevar a cabo la hazaña. De esta manera, obrando con libertad dentro de la esfera del mundo natural, Colón logró intuir por hipótesis científica, no por revelación divina, la existencia del continente de las Indias, es decir, América. Hasta aquí, Las Casas sigue de cerca la argumentación empleada por don Fernando.²⁷

C. Formalmente las dos tesis son casi iguales, pero difieren en el fondo, porque, para Las Casas, el significado del descubrimiento gravita exclusivamente en su finalidad religiosa. Lo esencial no estriba, pues, en que de ese modo se conoció una parte ignorada de la Tierra, sino en la circunstancia de que se trata de tierras habitadas por unos hombres a quienes todavía no les alumbraba la luz evangélica.

D. Esta diferencia ideológica respecto al significado de la empresa ("hazaña divina" la llama Las Casas) explica por qué Las Casas, siempre aficionado a acumular razones, no se limitó a reproducir la argumentación de don Fernando, tan cuidadosamente calculada para no delatar el verdadero propósito que animó a Colón. En efecto, Las Casas añadió cuantos motivos se le ocurrieron para explicar cómo pudo saber Colón que existían las Indias, y así, sin reparar en las inevitables incongruencias, lo vemos aducir en abigarrada e

indigesta mezcla, ya el mito de la Atlántida, ya los llamados versos proféticos de Séneca, ya "la leyenda" del piloto anónimo y hasta la teoría de las Hespérides de Oviedo, tan duramente censurada por don Fernando.²⁸

E. Pero lo decisivo en esta manera de proceder fue que Las Casas, poseedor de los papeles del almirante, no se cuidó de ocultar el objetivo asiático que en realidad animó su viaje, ni la convicción que tuvo de haberlo alcanzado.²⁹

F. La razón es que, dada la perspectiva trascendentalista adoptada por Las Casas, los propósitos personales de Colón carecen de importancia verdadera, porque, cualesquiera que hayan sido (confirmar una noticia, hallar unas regiones olvidadas, corroborar una hipótesis o llegar a Asia), el significado de la empresa no depende de ellos. Para Las Casas, Colón tiene que cumplir fatalmente las intenciones divinas independientemente de las suyas personales, de suerte que determinar lo que Colón quería hacer y lo que creyó que había hecho resulta enteramente secundario. Lo único que interesa poner en claro es que Dios le inspiró el deseo de hacer el viaje, y para este efecto cualquier explicación es buena.

G. Igual indiferencia existe por lo que toca al problema del ser específico de las tierras halladas, al grado de que resulta difícil si no imposible precisar lo que al respecto opina Las Casas.³⁰ La razón es siempre la misma: semejante circunstancia carece de significación verdadera. ¿Qué más da si se trata de las Hespérides, de un fragmento de la Isla Atlántida, de un Nuevo Mundo o de unas regiones asiáticas? ¿Qué más da lo que Colón o cualquiera piense al respecto? Dios no puede tener interés en los progresos de la ciencia geográfica. Lo decisivo es que Colón abrió el acceso a unas regiones de la Tierra repletas de pueblos a quienes es urgente predicar la palabra revelada y concederles la oportunidad del beneficio de los sacramentos antes de que ocurra el fin del mundo que Las Casas estima inminente.³¹

H. Por lo tanto, si ha de decirse en verdad quién fue el descubridor de América, debe contestarse que fue Cristóbal Colón, pero no en virtud de los propósitos y convicciones personales que animaron su empresa, sino como instrumento

elegido por la Providencia para realizar la trascendental hazaña. Y si ha de precisarse qué fue lo que descubrió, debe decirse, no que fueron tales o cuales regiones geográficamente determinadas, sino el oculto camino por donde llegaría Cristo a aquellos numerosos y olvidados pueblos para cosechar entre ellos el místico fruto de la salvación eterna.³²

Tal la tesis de Bartolomé de las Casas, y tal la manera de entender las muchas incongruencias que, de otra manera, ofrece la atenta lectura de su obra. Pero ¿cuál, entonces, el sentido de la intervención de Las Casas desde el punto de vista de nuestro problema? Tratemos de puntualizarlo.

Puesto que la tesis remite el significado de la empresa al plano trascendental de la esfera religiosa, la desarraiga de sus premisas histórico-temporales, y por lo tanto, en sí misma no representa ningún avance en el desarrollo del proceso que venimos reconstruyendo. Pero esto no quiere decir que carezca de importancia. Por el contrario, como en la *Historia* de Las Casas se admite y prueba cuál fue el propósito que tuvo Colón al emprender su viaje de 1492 y se confiesa la creencia en que estuvo de haberlo realizado, en lo sucesivo ya no será posible continuar ocultando lisa y llanamente ese propósito y creencia. Con la intervención de Las Casas, por consiguiente, entra en crisis la primera gran etapa del proceso y se inicia así la posibilidad de un nuevo y fundamental desarrollo, y en esto, claro está, estriba para nosotros su significación decisiva.

VI

Se pensará que desde el momento en que se hizo patente con testimonio irrefragable la verdad del objetivo asiático del viaje de 1492, era obligado abandonar la idea misma de ver en él una empresa descubridora de tierras totalmente ignoradas, para comprenderlo, en cambio, como lo que fue: una tentativa de ligar a Europa y Asia por la ruta del occidente. Y tal era, en efecto, la consecuencia a que debió llegarse de

no haber existido el impedimento lógico de la premisa que, según sabemos, condiciona todo este proceso, a saber: que la interpretación de aquel viaje como un acto descubridor de tierras desconocidas había quedado establecida como una evidencia. A causa de esto se siguió, pues, en la misma situación lógica y por lo tanto, quedó en pie el problema de cómo atribuirle a Colón el descubrimiento de América, pero ahora a pesar y por encima de que se sabe que sus propósitos fueron otros, vamos a dedicar este apartado al estudio de los esfuerzos que se hicieron por resolverlo, y que no serán sino intentos de conciliar la tesis de don Fernando con los informes proporcionados por Las Casas. No otra, en efecto; podía ser la orientación general de este nuevo desarrollo.

1. Herrera. *Las Décadas*.³³

A. En términos generales, Herrera se atiene a la argumentación de don Fernando. Para él, pues, Colón tuvo conciencia de que existían las Indias (América) gracias a una hipótesis científica, y el viaje de 1492 no fue sino la manera de comprobarla.

B. Pero a gran diferencia de don Fernando y ante la necesidad de tener en cuenta los datos revelados por Las Casas, Herrera afirma, sin explicar cómo ni por qué, que Colón se persuadió que había llegado a Asia. Es decir, que en el primer viaje, Colón no comprobó su hipótesis.

C. El engaño en que incurrió el almirante subsistió a lo largo de la segunda y tercera exploraciones; pero en la cuarta y última, Colón advirtió su error al tener noticia cierta de la existencia del Mar del Sur, es decir, del Océano Pacífico.

D. Fue así, por lo tanto, como finalmente Colón pudo comprobar su hipótesis inicial, de suerte que Herrera puede atribuirle el descubrimiento de América, ya que no sólo mostró dónde se hallaba ese desconocido continente, sino que tuvo conciencia de lo que revelaba.³⁴

Se advierte sin dificultad que esta tesis no logra atender debidamente los hechos delatados por el padre Las Casas, puesto que sólo introduce en la interpretación la circunstan-

cia de que Colón creyó haber llegado a Asia, pero no así que ése era desde un principio su propósito. A este respecto Herrera altera deliberadamente lo que afirma Las Casas,³⁵ con lo que se demuestra hasta qué punto comprende que para atribuirle a Colón el descubrimiento era necesario mantener que había tenido conciencia del ser específico de las tierras halladas. La tesis, pues, es un primer intento por superar la crisis; pero con toda evidencia la maniobra en que se sustenta no podía sostenerse indefinidamente. Tenía que llegar el momento en que se admitiera el objetivo asiático de la empresa, porque sólo así, por otra parte, se comprendería por qué Colón se persuadió de que las regiones halladas eran asiáticas, circunstancia que, naturalmente, Herrera no puede explicar. Ese momento se presentó años más tarde, según lo documentan dos autores cuyos textos vamos a considerar en seguida.

2. Beaumont. *Aparato*.³⁶

A. La empresa estuvo animada por dos objetivos posibles: o descubrir un continente desconocido cuya existencia había inferido Colón por hipótesis científica, o llegar hasta Asia, en el caso de no hallar dicho continente.

B. Durante el primero y segundo viajes, Colón cree que está en Asia; pero en la tercera exploración advierte que había aportado a playas del continente desconocido que quiso encontrar desde un principio.

C. Fue así como Colón descubrió a América, porque pese a su equívoco previo, acabó comprobando la hipótesis inicial.³⁷

Esta manera de entender la empresa y de atribuir el descubrimiento a Colón es muy semejante a la de Herrera, y por lo tanto, todavía se trata de un compromiso a base de la solución de don Fernando. En efecto, el modo de introducir en ella, sin alterar su esencia, el equívoco de Colón es el mismo que adoptó Herrera, pero ahora sin inconsecuencia, porque el objetivo asiático aparece ya postulado como finalidad de la empresa, bien que como secundario al lado del objetivo descubridor de un continente desconocido. La tesis

de don Fernando aún se mantiene, pero ya se ha dado el paso que acabará por arruinarla. Sigamos la trayectoria de este inevitable desenlace.

3. Robertson. *The History of America*.³⁸

A. El autor inicia su exposición describiendo el horizonte histórico que sirve de fondo a su tesis. A finales del siglo xv, dice, el gran anhelo de Europa era abrir una comunicación marítima con el remoto Oriente. A esta preocupación general obedece la empresa de Colón. No se trata, pues, de una inexplicable o extravagante ocurrencia, ni de una inspiración divina; es una hazaña del progreso científico del espíritu humano.

B. Situada así la empresa, Robertson pasa a explicar en qué consistió el proyecto de Colón. Pensó, dice, que navegando por el rumbo de occidente no podía menos de encontrar tierra. Pero Colón está en duda acerca de lo que serían las regiones que podía hallar. En efecto, tiene motivos científicos para sospechar que toparía con un continente desconocido; pero por otra parte, tiene razones para creer que iría a dar a playas asiáticas. Colón se inclina más por esta última posibilidad; pero la duda es la esencia misma del proyecto.

C. Cuando Colón obtiene, por fin, los medios para emprender la travesía, Robertson nos lo presenta surcando el océano francamente en pos de Asia, pero siempre con la reserva de que quizá encuentre, atravesado en el camino, el continente que había intuido hipotéticamente.

D. Al hallar tierra, Colón se persuade que ha llegado a Asia y por eso, explica Robertson, fue bautizada con el nombre de Indias. Pero el almirante no ha abandonado la duda inicial. En el segundo viaje sospecha que ha incurrido en un equívoco, que, sin embargo, no logra disipar sino hasta el tercero. Fue entonces cuando supo de fijo que había hallado el desconocido continente que desde un principio pensó que podía descubrir. Colón, pues, es el descubridor de América, porque, al comprobar una de las dos finalidades de la empresa, tuvo plena conciencia de lo que había revelado.³⁹

La tesis guarda una obvia semejanza con la anterior; pero la diferencia implica un manifiesto adelanto hacia la crisis definitiva de la vieja solución de don Fernando la cual, sin embargo, todavía subsiste como base para poder atribuir a Colón el descubrimiento de América. En efecto, nótese que Robertson no sólo postula el objetivo asiático como una de dos finalidades de la empresa, sino que aparece como la principal. Pero además, y esto es decisivo, la explica como obvia dentro de las circunstancias históricas. Así, el deseo de Colón por llegar a Asia ya no se admite sólo por la exigencia de dar razón de los datos revelados por Las Casas, sino que se ha convertido en la condición misma para entender el suceso. En este momento, por consiguiente, se opera un cambio diametral respecto a la situación que hizo posible la creencia en el relato del piloto anónimo. Por eso, el propósito de descubrir un continente ignorado, pero intuido por hipótesis científica, pasa a un segundo plano; no por mero arrastre tradicional, sino para los efectos de poder responsabilizar a Colón de un descubrimiento que de otro modo no se sabría a quién atribuirlo.

Estamos en el umbral de un cambio decisivo: la tesis de don Fernando, en que culminó la idea del descubrimiento intencional de América por parte de un Colón consciente de lo que hacía, encontró en Robertson un último baluarte. El próximo e inevitable paso consistirá en el abandono definitivo de esa pretensión, y se planteará, entonces, la dificultad de atribuirle a Colón un acto de cuya índole no tuvo, sin embargo, la menor idea. Se inicia, así, la segunda gran etapa del proceso.

VII

La crisis sobrevino, muy explicablemente, cuando un erudito español, Martín Fernández de Navarrete, divulgó en una colección impresa los principales documentos relativos a los viajes de Colón. Así, en efecto, quedaban superadas las ambi-

güedades en el relato del padre Las Casas, y se hizo patente, no sólo que Colón había proyectado ir a Asia, sino que nunca se desengañó de haber realizado ese deseo. Era inevitable, pues, que el paulatino proceso de develación del objetivo asiático alcanzara su culminación definitiva. Fue el propio Martínez de Navarrete quien, en la Introducción de su obra, puntualizó con nitidez el hecho. Veamos lo que dice.

1. Navarrete. *Colección*.⁴⁰

A. A semejanza de Robertson, la empresa de Colón se explica y justifica como uno de los intentos por satisfacer el anhelo general de abrir una ruta marítima con Asia.

B. Pero a diferencia de Robertson y de todos los anteriores, para Navarrete, el proyecto de Colón no consistió sino en eso. La grandeza de la hazaña, pues, no radica en las ideas que la inspiraron, radica en la osadía de buscar el camino a las Indias por el rumbo de occidente.

C. Por lo tanto, ya nada se dice acerca de la famosa y supuesta hipótesis que habría elaborado Colón respecto a la existencia de una desconocida masa continental.

D. De acuerdo con lo anterior, Navarrete admite que, hasta su muerte, Colón creyó que las tierras exploradas por él pertenecían al Asia; pero al mismo tiempo concluye que, con el hallazgo de 1492, Colón realizó el inesperado y asombroso descubrimiento de América, porque, con admiración universal, dice, dio a conocer un nuevo mundo.⁴¹

Se ve bien: en esta tesis ya no queda ni el menor rastro del motivo por el cual se venía atribuyendo hasta entonces el descubrimiento a Colón. Ello no obstante, se le sigue atribuyendo. ¿Cómo y por qué? Si, según largamente hemos explicado, se trata de un acto que requiere en el agente conciencia de lo que hace, cómo, entonces, responsabilizar a Colón de quien expresamente se afirma que careció de ella. He aquí el problema constitutivo de esta segunda etapa. Para disipar el enigma vamos a examinar los textos pertinentes.

2. Irving. *Life and Voyages of Columbus*.⁴²

A. Una vez más, la empresa queda explicada en términos del anhelo de establecer la comunicación marítima con Asia.

B. Para determinar en qué consistió el proyecto de Colón, Irving examina la tesis de don Fernando. De acuerdo con ella, dice Irving, Colón llegó a concluir que "había tierra no descubierta en la parte occidental del océano; que era accesible; que era fértil, y finalmente, que estaba habitada".⁴³ Es decir, la famosa hipótesis según la cual Colón habría intuido la existencia de América.

C. Pero a Irving le parece que la argumentación de don Fernando es ambigua y adolece de cierta falla lógica.⁴⁴ Por eso, prefiere sacar sus propias conclusiones. Afirma que el argumento decisivo que indujo a Colón fue la idea de que Asia era fácilmente accesible por el occidente.⁴⁵ Irving, pues, no conoce más finalidad de la empresa que el objetivo asiático.

D. En el relato de los cuatro viajes, Irving se esmera por mostrar que en todo tiempo Colón estuvo persuadido de haber explorado unas regiones de Asia, y aclara que jamás se desengañó.⁴⁶

E. No obstante manera tan explícita de admitir lo que Colón quiso y creyó hacer, Irving no le concede a la empresa el sentido correspondiente. Desde un principio y a lo largo de todo el libro, la entiende como la manera en que Colón descubrió América.

F. Ahora bien, Irving no aclara por qué motivo la entiende así. Se trata, pues, de una intervención que considera obvia, pero de todos modos conviene tratar de averiguar sus motivos.

G. Pues bien, de un pasaje en uno de los apéndices de la obra,⁴⁷ parece que Irving atribuye el descubrimiento a Colón en virtud de haber sido el primero en topar con el continente americano; pero una atenta lectura de la obra no autoriza semejante conclusión. En efecto, sabemos de fijo que Irving no se atiene a la prioridad en el hallazgo físico, puesto que reconoce como probables unas expediciones de los norman-

dos a playas americanas realizadas varios siglos antes. Esas expediciones, piensa, no constituyen, sin embargo, un descubrimiento de América propiamente dicho, porque la revelación que así se obtuvo no trascendió la esfera de los intereses particulares de aquel pueblo, y porque, además, los normandos mismos pronto la echaron en olvido.⁴⁸

H. Irving insinúa, pues, que en la empresa de 1492 concurre un elemento de intencionalidad que no existe en los viajes normandos y que, por otra parte, no radica precisamente en el proyecto que la animó y que opera a pesar del equívoco en que incurrió Colón al pensar que había visitado litorales de Asia. A esa misteriosa intencionalidad se debe, por lo tanto, que se siga manteniendo la idea de que, con el hallazgo realizado en 1492, América fue descubierta.

Tal, en resumen, la tesis de Washington Irving, el primer historiador que narró la empresa admitiendo sin compromisos lo que quiso hacer y lo que pensó Colón. Tal, sin embargo, el misterio que rodea esa tesis. Examinemos el texto que disipará el enigma.

3. Humboldt. *Cosmos*.⁴⁹

A. Este eminente pensador también sitúa la empresa dentro del ambiente y los anhelos de la época en que se llevó a cabo. Pero no se limita a señalar la conexión, sino que ofrece una idea del devenir histórico dentro del cual el acontecimiento queda entrañablemente articulado y sólo respecto al cual cobra su verdadero sentido.

B. En términos generales se trata de la concepción idealista de la historia tan predominante, sobre todo en Alemania, durante la primera mitad del siglo XIX. Su premisa fundamental, recuérdese, consiste en creer que la historia, en su esencia, es un progresivo e inexorable desarrollo del espíritu humano en marcha hacia la meta de su libertad conforme a razón. Para Humboldt, esa marcha estriba en los lentos pero seguros avances de los conocimientos científicos que, al ir conquistando la verdad acerca del cosmos, acabarán por entregar al hombre una visión absoluta de la realidad, la base

inconmovible para establecer las normas de su conducta futura y de las relaciones sociales.

C. Pero es el hombre por sí solo, y no merced a ninguna intervención divina, quien debe cumplir la finalidad inmanente de la historia y labrarse, así, su propia felicidad. Ahora bien, esto no significa que los individuos tengan necesariamente conciencia de ese supuesto objetivo, ni que abriguen el propósito de alcanzarlo, porque a lo largo de la historia se va realizando con independencia de los anhelos y voliciones personales. Así, pues, lo significativo es, ciertamente, lo que hacen los hombres, pero lo que hacen en cuanto instrumentos de los designios de la historia.

D. Resulta, entonces, que dentro de esa concepción teleológica del devenir humano, es posible responsabilizar a un hombre de un acto cuya significación trasciende el sentido que tiene en virtud de las intenciones con que lo ejecutó, siempre que sean de tal índole que, independientemente de su contenido particularista, estén de acuerdo con los designios de la historia. En efecto, así puede y debe decirse que ese hombre tuvo conciencia del significado trascendental de su acto, no como individuo, pero sí en su carácter de instrumento de las intenciones inmanentes a la marcha histórica.

E. A la luz de estas premisas, Humboldt compara el sentido que, respectivamente, tienen la empresa de Colón y las expediciones normandas del siglo XI. Para ello reconoce, sin reservas, la verdad histórica de esas expediciones y asimismo el hecho de que Colón creyó haber visitado tierras asiáticas en virtud de que ése había sido su objetivo.

F. Desde un punto de vista cronológico, es forzoso concluir que los normandos fueron los descubridores de América y que el viaje de 1492 no fue sino un re-descubrimiento. Pero ésta es una manera superficial y falsa de considerar la cuestión, porque el mero hallazgo físico no es lo significativo. Es necesario examinar el problema a partir de la intencionalidad de ambos actos.

G. Pues bien, así considerados, las expediciones normandas son un hecho casual, porque el hallazgo de tierras americanas se debe a que una nave fue arrojada hacia ellas por

una tempestad. El acto responde, pues, al impulso de un ciego fenómeno telúrico indiferente al destino humano, de suerte que, desde el punto de vista de su motivación, no constituye un descubrimiento de América que, por definición, implica un acto intencional.

La empresa de Colón, en cambio, no es un hecho fortuito, porque responde a un proyecto científico que obedece al impulso del trabajo intelectual, larga y penosamente prolongado desde los albores de la humanidad. No es un acto arbitrario e indiferente al destino histórico del hombre, de manera que, por su motivación, sí puede constituir un verdadero descubrimiento.

H. Se advierte que, fiel a su visión, Humboldt cancela como carentes de sentido los propósitos y creencias personales de Colón; y si el acto realizado por él parece intencional y no fortuito, es porque lo considera, no como individuo, sino como instrumento de los designios de la historia.

I. Pero aunque estas consideraciones bastan para explicar por qué no es posible atribuir a los normandos el descubrimiento de América, no aclaran por sí solas el sentido concreto que tiene la empresa de Colón como descubrimiento, ni cómo puede responsabilizarse en su persona. En efecto, si sabemos que no se trata de un acto fortuito, no sabemos aún en qué consiste, ni cómo cumple Colón con su papel de instrumento de los designios de la historia, única base para concederle el título de descubridor.

J. Pues bien, lo que hace que la empresa colombina sea el acto significativo que se conoce como el descubrimiento de América, es que en esa empresa se realizó uno de esos avances de los conocimientos científicos en que estriba, según vimos, la esencia misma de la marcha del hombre hacia su destino histórico. En efecto, fue así como se entregó a la contemplación de los sabios, vicarios de los intereses de la humanidad, una porción desconocida del globo terrestre, abriendo así la posibilidad de completar, con el estudio de las regiones tropicales de América, la visión científica de la parte del cosmos que es directamente asequible a la observación. Con este enriquecimiento, tan largamente esperado, el pro-

greso del espíritu humano pudo pronto alcanzar su primera culminación, porque fue ya posible sentar las bases incommovibles de conocimientos absolutos; las bases, en suma, de la nueva revelación, "la ciencia del cosmos", de la que Alejandro von Humboldt es el evangelista y supremo pontífice.

K. Pero si en eso estriba el descubrimiento de América, ¿cómo responsabilizar a Colón de tan alta hazaña? ¿Puede, realmente, atribuírsele? Humboldt responde por la afirmativa. No es, explica, que Colón haya sido un sabio, ni siquiera un mediano hombre de ciencia, aunque poseía un espíritu inquieto que lo distingue mucho de un vulgar aventurero, sólo atento a su provecho. No, la razón decisiva es que Colón fue sensible a la belleza del mundo tropical y supo anunciar la buena nueva de la existencia de tales regiones. Jamás se cansa de contemplarlas y gozarse en ellas y en sus escritos se esfuerza por contagiar el entusiasmo que le provocan. Por eso, pese a su tosco lenguaje, se alza sobre Camoens y otros poetas de su día, anclados aún en las ficciones literarias de una supuesta naturaleza arcaica y artificiosa; por eso, también, es Colón el descubridor de América. En efecto, el poético vuelo de su entusiasmo fue la vía adecuada para noticiar a Europa, donde posaba el espíritu de la historia, la apertura de ese nuevo campo de observación en que, en definitiva, consiste el acto descubridor. Fue así, entonces, como Colón desempeñó cumplida y plenamente su papel de portavoz de los intereses de la humanidad y de instrumento de las intenciones de la historia.

L. Nada de esto concurre en el caso de las expediciones de los normandos. Beneficiarios de un hallazgo fortuito, no supieron sino fundar unos establecimientos comerciales que, por otra parte, resultaron precarios. Además, como las regiones septentrionales exploradas por ellos no ofrecían un nuevo espectáculo de la naturaleza, si acaso la noticia del hallazgo traspasó el estrecho círculo de los pueblos para quienes era familiar, no pudo tener ninguna significación verdadera. No hubo, pues, un descubrimiento propiamente dicho.⁵⁰

He aquí despejado el enigma que rodeaba la tesis de Irving;⁵¹ he aquí la solución que correspondió a la segunda

etapa del proceso. Ya se ve: a pesar de la amenaza que significó el reconocimiento pleno de los propósitos de Colón y de su idea de haber explorado regiones de Asia, se pudo satisfacer la exigencia de mantener a flote la vieja interpretación de la empresa de 1492 y se logró resolver el problema de atribuirle a Colón el acto del descubrimiento. Para ello, fue necesario recurrir al arbitrio filosófico de postular, por encima de las intenciones individuales, una intencionalidad inmanente a la historia que, en la esfera laica, es la contrapartida de los designios divinos del providencialismo cristiano de la tesis del padre Las Casas. Pero esta vez, semejante arbitrio produjo el efecto contrario, porque en lugar de delatar como verdad histórica los propósitos personales de Colón y su creencia de haberlos realizado, los canceló como históricamente inoperantes. Fue así, por lo tanto, cómo por segunda vez, bien que de un modo más sutil se ocultó el objetivo asiático de la empresa y la convicción que tuvo Colón de haber explorado regiones de Asia, ocultación necesaria, como sabemos, para poder atribuirle el descubrimiento de América.

Con la tesis teleológica que hemos examinado el proceso se replegó a su segunda trinchera, y ahora sólo nos falta ver cómo sobrevino la crisis final cuando, en virtud de la disolución del dogma idealista, fue preciso renunciar a su amparo. Se intentará, lo veremos en seguida, un último recurso por mantener la idea del descubrimiento de América, pero un recurso que no sirve, en definitiva, sino para poner de manifiesto el absurdo que implica semejante manera de explicar la aparición de ese ente.

VIII

Mientras se pudo creer, con el idealismo, que la historia era un proceso en que fatalmente se iban cumpliendo, para decirlo en términos de Kant,⁵² las intenciones de la Naturaleza, situadas más allá de la esfera de los propósitos y voliciones individuales, el viaje de Colón pudo seguir entendiéndose

como el descubrimiento de América a la manera en que lo concibió Alejandro von Humboldt. Pero cuando aquella persuasión filosófica o mejor dicho, cuasi religiosa, entró en crisis después de haber alcanzado su cúspide, los historiadores, aunque los primeros rebeldes, poco supieron hasta qué grado quedaban desamparados y expuestos. En seguimiento de las orientaciones marcadas por el positivismo científico, la verdad histórica debería repudiar el ilusorio auxilio de todo apriorismo metafísico por empíricamente improbable y atenerse, en cambio, a la observación de los fenómenos para poder reconstruir, según la célebre fórmula de Ranke, lo que "en realidad aconteció". Quiere decir esto que los historiadores se comprometieron a reconocer, como fuente del sentido de los sucesos históricos, los propósitos y convicciones personales de los individuos que participaron en ellos. Diríase, entonces, que, por fin, le había llegado a la empresa de Colón la hora de que se la comprendiera con el sentido que tuvo para él. Pero lo cierto es que a pesar de las nuevas exigencias metodológicas y de las muchas investigaciones que enriquecieron la historiografía colombina desde finales del siglo XIX, se mantuvo la interpretación tradicional en la unánime creencia de que Colón había descubierto América cuando, en 1492, encontró una isla que creyó pertenecer a un archipiélago adyacente al Japón.

Para hacernos cargo de qué manera se sostuvo esa vieja idea, conviene, ante todo, puntualizar la tesis respectiva, a cuyo efecto vamos a emplear el texto que, entre otros posibles, parece representativo, tanto por su fecha reciente, como por el aplauso con que ha sido recibido y por la seriedad y prestigio científico de su autor.

Morison. *Admiral of the Ocean Sea*.⁵³

A. Como ya es de rutina, la empresa se ubica en el ambiente de la época y en particular se relaciona con el deseo común que había por establecer la comunicación marítima con las regiones extremas orientales de Asia.

B. La idea central que animó a Colón, dice Morison, fue

realizar ese anhelo, pero eligiendo la ruta del poniente. Se-
mejante proyecto nada tenía de novedoso. Lo extraordinario
en el caso de Colón no fue, pues, la ocurrencia, sino el ha-
berse convencido de que era factible y la decisión de reali-
zarla. Morison, por consiguiente, admite como finalidad úni-
ca de la empresa el objetivo asiático.⁵⁴

C. En la narración de los cuatro viajes, el autor reconstruye
minuciosamente los itinerarios y se esmera por identificar en
el mapa actual de América los lugares visitados por Colón.

D. Morison se empeña, además, en mostrar que, en me-
dio de las más variadas conjeturas de detalle, Colón siempre
estuvo convencido de que había llegado a Asia desde la pri-
mera vez que halló tierra en 1492.⁵⁵

E. Ahora bien, a pesar de un reconocimiento tan expreso
de las intenciones personales de Colón y de su opinión acer-
ca de lo que había hecho, Morison no duda siquiera de que,
en verdad, lo que realmente hizo el Almirante fue descubrir
a América. Pero ¿cómo, por qué?

F. Explica, en un pasaje decisivo, que puesto que Colón
no tuvo jamás el propósito de encontrar al continente ameri-
cano, ni abrigó sospecha de que existía, la verdad es que des-
cubrió a América enteramente por accidente, por casualidad.⁵⁶

He aquí, pues, la respuesta que corresponde a la tercera
etapa del proceso, la tesis del descubrimiento casual que hoy
se enseña y se venera como la verdad y que sirvió de punto
de partida a esta investigación. Con ella, por lo tanto, ter-
mina la reconstrucción histórica que nos propusimos hacer, y
ahora vamos a examinar esa tesis para ver si implica o no un
absurdo, según anticipamos.

IX

Puesto que se trata de poner a prueba una interpretación es
conveniente, ante todo, tener una idea clara de lo que signi-
fica eso.

Pues bien, lo esencial al respecto consiste en reconocer que

cualquier acto, si se le considera en sí mismo, es un aconte-
cimiento que carece de sentido, un acontecimiento del que,
por lo tanto, no podemos afirmar lo que es, es decir, un aconte-
cimiento sin ser determinado. Para que lo tenga, para que
podamos afirmar lo que es, es necesario postularle una inten-
ción o propósito. En el momento que hacemos eso, en efec-
to, el acto cobra sentido y podemos decir lo que es; le con-
cedemos un ser entre otros posibles. A esto se llama una
interpretación, de suerte que podemos concluir que inter-
pretar un acto es dotarlo de un ser al postularle una intención.

Pongamos un ejemplo. Vemos a un hombre salir de su
casa y dirigirse al bosque cercano. Ése es el acto considerado
en sí mismo como un puro acontecimiento. Pero ¿qué es ese
acto? Obviamente puede ser muchas cosas distintas: un pa-
seo, una huida, un reconocimiento llevado a cabo con fines
lucrativos, una exploración científica, el inicio de un largo
viaje o, en fin, tantas otras cosas cuantas puedan imaginar-
se, siempre de acuerdo con la intención que se suponga en
aquel hombre.

Esto parece claro y no hay necesidad de insistir en ello.
Pero es necesario, en cambio, ver que esta posibilidad que
tenemos de dotar de ser a un acto al interpretarlo tiene un
límite. En efecto, la intención que se suponga debe atribuir-
se a un agente; no necesariamente capaz de realizarla por sí
mismo, puesto que puede valerse de otro, pero sí necesaria-
mente capaz de tener intenciones, porque de lo contrario se
incurrirá en un absurdo. Así, hay muchos entes a quienes
podemos concebir y de hecho se han concebido como capa-
ces de voliciones y de realizarlas por sí mismos, como son
Dios, los ángeles, los hombres, los espíritus de ultratumba
y aun los animales, y otros como capaces de lo primero, pero
no de lo segundo, como son ciertas entidades metafísicas, la
Naturaleza o la Historia Universal, según la han entendido
y entienden algunas doctrinas filosóficas. Pero lo que ya no
se puede concebir de ese modo son los entes inanimados
como las figuras geométricas, los números o los objetivos ma-
teriales, un triángulo, una mesa, el Sol o el mar, pongamos
por caso. Si lo hacemos o es metafóricamente, como cuando

se dice que el mar no quiso que España invadiera a Inglaterra, o bien nos hemos salido de quicio.

Esto nos enseña que, en el límite, la interpretación de un acto puede admitirse aun cuando el agente que lo realiza sea incapaz de tener intenciones, con tal de que el propósito que le concede sentido al acto proceda de un ente capaz de tenerlas; pero que será absurda en el caso contrario, aun cuando el agente que lo realiza tenga, él, esa capacidad.

Examinemos ahora, a la luz de estas consideraciones el proceso de la historia de la idea del descubrimiento de América, puesto que se trata, precisamente, de tres maneras distintas de interpretar un mismo acto, a saber: el viaje de Colón de 1492.

Primera etapa del proceso: La interpretación consiste en afirmar que Colón mostró que las tierras que halló en 1492 eran un continente desconocido, porque con esa intención realizó el viaje (*supra*, Apartado IV).

En este caso se trata de una interpretación admisible, porque la intención que le concede al acto interpretado el sentido de ser una empresa descubridora se radica en una persona, o sea en un ente capaz de tenerla y de realizarla. Pero ya sabemos que esta tesis tuvo que abandonarse, porque su fundamento empírico resultó documentalmente insostenible.

Segunda etapa del proceso. La interpretación consiste en afirmar que Colón mostró que las tierras que halló en 1492 eran un continente desconocido, porque si es cierto que ésa no fue la intención con que realizó el viaje, ni tuvo idea de lo que había hecho, al ejecutar su acto cumplió la intención de la Historia de que el hombre conociera la existencia de dicho continente (*supra*, Apartado VII).

En este segundo caso la interpretación todavía es admisible, porque la intención que le concede sentido al acto interpretado de ser una empresa descubridora se radica en el acto mismo, es decir, se concibe como inmanente a la Historia, entidad que puede concebirse como capaz de tener intenciones, aunque no de realizarlas por sí misma, de suerte que se vale de Colón como un instrumento para ese efecto. Pero ya sabemos que esta tesis también tuvo que abandonarse,

no ya por deficiencia de fundamento empírico, como en el caso anterior, sino porque su premisa teórica resultó insostenible.

Tercera etapa del proceso. La interpretación consiste en afirmar que Colón mostró que las tierras que halló en 1492 eran un continente desconocido, puramente por casualidad, es decir sin que medie ninguna intención al respecto (*supra*, Apartado VIII).

En este caso es obvio que, desde el punto de vista de los requisitos de una interpretación, la tesis ofrece una seria dificultad, porque no obstante que se niega la intención, se le sigue concediendo al acto el mismo sentido de las tesis anteriores. Ahora bien, como esto es imposible, porque sin aquel requisito el acto no podría tener el sentido que se le concede, es forzoso suponer que la intención existe a pesar de que se niega, y el problema, entonces, presenta un doble aspecto: primero, cómo conciliar esa contradicción, y segundo, averiguar dónde existe esa intención que ha sido necesario suponer para que el acto pueda tener el sentido que se le concede.

La contradicción puede evitarse si tenemos presente que no es necesario que el agente que realiza el acto sea quien tenga la intención que le concede su sentido, porque ya sabemos que puede obrar como mero instrumento de un designio que no sea el suyo personal. En efecto, de ese modo Colón habría revelado, sin intención de hacerlo, el ser de las tierras que halló, cumpliendo un propósito ajeno, de manera que, desde el punto de vista de Colón, sería legítimo afirmar, como lo hace la tesis, que el acto no fue intencional, aunque en realidad tenga que serlo. En otras palabras, sólo suponiendo que Colón obró como instrumento de una intención diversa a la suya se evita la contradicción que indicamos y la tesis queda a salvo por este motivo.

Pero ¿dónde radica, entonces, esa oculta intención que le da el sentido de descubrimiento al viaje de 1492? La respuesta, por extraño que parezca, no admite duda. En efecto, como todo acto sólo ofrece al respecto tres posibilidades, a saber: el sujeto del acto, el acto mismo y el objeto del acto, y como, en el caso, ya se ensayaron y descartaron las dos primeras, es

obligado concluir que, en esta tercera etapa, la intención quedó radicada como inmanente a la cosa que se dice fue descubierta. Mas, si esto es así, la tesis incurre en absurdo, porque ha rebasado el límite admisible a cualquier interpretación, puesto que el continente americano no es, obviamente, algo capaz de tener intenciones.

Tal, por consiguiente, el secreto y el absurdo de esta tesis, y en verdad, conociéndolo, se aclara lo que desde un principio nos parecía tan sospechoso, o sea que se pueda responsabilizar a un hombre de algo que expresamente se admite que no hizo. En efecto, a poco que se reflexione advertimos que cuando se afirma que Colón descubrió por casualidad al continente americano por haber topado con unas tierras que creyó eran asiáticas, es decir, cuando se nos pide que aceptemos que Colón reveló el ser de unas tierras distinto al ser que él les atribuyó, lo que en realidad se nos está pidiendo es que aceptemos que esas tierras revelaron su secreto y escondido ser cuando Colón topó con ellas, pues de otro modo no se entiende cómo pudo acontecer la revelación que se dice aconteció.

El absurdo de esta tesis se hace patente en el momento en que sacamos la necesaria consecuencia, porque ahora vemos que la idea del descubrimiento casual del continente americano, no sólo cancela como inoperantes los propósitos y opiniones personales de Colón, sino que lo convierte en el dócil y ciego instrumento, ya no de unos supuestos designios del progreso histórico, sino de unas supuestas intenciones inmanentes a una cosa meramente física. Pero está claro que al admitir esto hemos puesto de cabeza la historia y privado al hombre hasta de la ya problemática libertad que le concedía el idealismo. En efecto, ahora, en lugar de concebir la historia como el resultado de las decisiones circunstanciales tomadas por los hombres y realizadas por ellos, se concibe como el resultado de unos propósitos inmanentes a las cosas, ciega y fatalmente cumplidos por los hombres. Así, el hombre ya no es el siervo del devenir histórico, concebido como un proceso de orden racional, según acontece con el idealismo —lo que ya es bastante grave— sino que ahora

es el esclavo de no se sabe qué proceso mecánico de los entes materiales inanimados.⁵⁷

X

El análisis de la historia de la idea del descubrimiento de América nos ha mostrado que estamos en presencia de un proceso interpretativo que, al agotar sucesivamente sus tres únicas posibilidades lógicas, desemboca fatalmente en el absurdo. Esa historia constituye, pues, una *reductio ab absurdum*, de tal suerte que ella misma es el mejor argumento para refutar de manera definitiva aquel modo de querer explicar la aparición de América en el ámbito de la Cultura de Occidente. Ahora procede sacar las consecuencias, pero antes es necesario examinar un último problema, tanto más cuanto que así se nos brinda la ocasión de penetrar hasta la raíz misma del mal que aqueja todo el proceso.

En efecto, parece claro que nuestras meditaciones quedarían incompletas si no damos razón de las tres cuestiones fundamentales que se deducen de ellas. Primero, a qué se debe la idea de que América fue descubierta, es decir, cuál es la condición de posibilidad de la interpretación misma. Segunda, cómo explicar la insistencia en mantener dicha interpretación en contra de la evidencia empírica, es decir, por qué no se abandonó a partir del momento en que se hicieron patentes los verdaderos propósitos y las opiniones de Colón. Tercera, cómo es posible suponer un absurdo tan flagrante como el que implica la tesis final del proceso, es decir, de qué manera puede concebirse en el continente americano la intención de revelar su ser. En una palabra, es necesario mostrar con el examen de estas tres cuestiones quién es el villano detrás de toda esta historia.

Pues bien, es obvio que no vamos a incurrir en la ingenuidad de pretender que el mal proviene de alguna deficiencia mental de los historiadores que se han encargado del desarrollo del proceso, ni tampoco de alguna diabólica maquinación

que los hubiere obnubilado y descarriado. Proviene, eso sí, de un previo supuesto en su modo de pensar que, como apriorismo fundamental, condiciona todos sus razonamientos y que ha sido, desde los griegos por lo menos, una de las bases del pensamiento filosófico de Occidente. Aludimos, ya se habrá adivinado, a la viejísima y venerable idea de que las cosas son, ellas, algo en sí mismas, algo *per se*; que las cosas están ya hechas de acuerdo con un único tipo posible, o para decirlo más técnicamente: que las cosas están dotadas desde siempre, para cualquier sujeto y en cualquier lugar de un ser fijo; predeterminado e inalterable.

Según esta manera de comprender la realidad, lo que se piense en un momento dado que es una cosa, un existente, es lo que ha sido desde siempre y lo que siempre será sin remedio; algo definitivamente estructurado y hecho sin que haya posibilidad alguna de dejar de ser lo que es para ser algo distinto. El ser —no la existencia, nótese bien— de las cosas sería, pues, algo substancial, algo misteriosa y entrañablemente alojado en las cosas; su naturaleza misma, es decir aquello que hace que las cosas sean lo que son. Así, por ejemplo, el Sol y la Luna serían respectivamente, una estrella y un satélite porque el uno participa en la naturaleza que hace que las estrellas sean eso y la otra, en la naturaleza que hace que los satélites sean satélites, de tal suerte que desde que existen, el Sol es una estrella y la Luna un satélite y así hasta que desaparezcan.

Ahora bien, la gran revolución científica y filosófica de nuestros días nos ha enseñado que esa antigua manera substancialista de concebir la realidad es insostenible, porque se ha llegado a comprender que el ser —no la existencia— de las cosas no es sino el sentido o significación que se les atribuye dentro del amplio marco de la imagen de la realidad vigente en un momento dado. En otras palabras, que el ser de las cosas no es algo que ellas tengan de por sí, sino algo que se les concede u otorga.

Una exposición más completa de esta gran revolución filosófica y sus consecuencias respecto a la manera de concebir al hombre y su mundo nos alejaría demasiado de nuestro

inmediato propósito, pero nos persuadimos que, para este efecto, bastará volver sobre el ejemplo que acabamos de emplear. Pues bien, si nos situamos históricamente en la época de vigencia científica del sistema geocéntrico del Universo, el Sol y la Luna no son, como lo son para el sistema heliocéntrico, una estrella y un satélite, sino que son dos planetas, bien que en uno y otro caso, ambos son cuerpos celestes, los cuales, sin embargo, para una concepción mítica del Universo, no son tampoco eso, sino dioses o espíritus. Ya se ve: el ser de esos dos existentes, de esos dos trozos de materia cósmica, no es nada que les pertenezca entrañablemente, ni nada que esté alojado en ellos, sino, pura y simplemente, el sentido que se les atribuye de acuerdo con la idea que se tenga como verdadera acerca de la realidad, y por eso, el Sol y la Luna han sido sucesivamente dioses, planetas y ahora estrella y satélite, respectivamente, sin que sea legítimo concluir que la dotación de un ser a una cosa en referencia a una determinada imagen de la realidad sea un "error"; sólo porque esa imagen ya no sea la vigente. Por lo contrario, es obvio que el error consiste en atribuir al Sol y a la Luna, para seguir con el mismo ejemplo, el ser de estrella y de satélite, respectivamente, si se está considerando una época de vigencia del sistema geocéntrico del Universo, como sería error considerarlos ahora como dos planetas.

Hechas estas aclaraciones, la respuesta al problema que hemos planteado es ya transparente: el mal que está en la raíz de todo el proceso histórico de la idea del descubrimiento de América, consiste en que se ha supuesto que ese trozo de materia cósmica que ahora conocemos como el continente americano ha sido eso desde siempre, cuando en realidad no lo ha sido sino a partir del momento en que se le concedió esa significación, y dejará de serlo el día en que, por algún cambio en la actual concepción del mundo, ya no se le conceda. En efecto, ahora podemos ver con claridad por qué ha sido necesario, no sólo concebir la aparición de América como el resultado de un descubrimiento y por qué se ha insistido en ello a pesar de las dificultades que presenta esa explicación desde el punto de vista de la hermenéutica histórica, sino

cómo es posible incurrir en el absurdo de radicar la intención que requiere el acto descubridor en la cosa que se dice fue descubierta. Examinemos por separado estos tres aspectos del problema.

1) Si se supone que el trozo de materia cósmica que hoy conocemos como el continente americano ha sido eso desde siempre, o mejor dicho, si se supone que es eso en sí o de suyo, entonces es claro que un acto que se limita a mostrar la existencia de ese trozo de materia tiene que concebirse como la revelación o descubrimiento de su ser, por la sencilla razón de que la existencia y el ser de ese ente han quedado identificados en aquella suposición. Se trata, pues, de un ente que, como una caja que contuviera un tesoro, aloja un ser "descubrible" de suerte que su revelación tiene que explicarse como el resultado de un descubrimiento.

2) Pero, además, si se supone que ese trozo de materia está dotado de un ser "descubrible", entonces, no sólo es necesario entender su revelación como el resultado de un descubrimiento, sino que es forzoso suponer que se realiza por el mero contacto físico con la cosa y, por lo tanto, con independencia de las ideas que respecto a ella tenga el "descubridor", por la sencilla razón de que lo que piensa él o cualquiera sobre el particular no puede afectar en nada a aquel ser predeterminado e inalterable. De este modo tenemos, entonces, no sólo la suposición de que se trata de una cosa en sí, dotada, por eso, de un ser descubrible, sino que, congruentemente, tenemos la suposición de que el acto que lo revela es también un acontecimiento en sí, dotado, por eso, de un sentido predeterminado, puesto que sean cuales fueren las intenciones y opiniones de quien lo lleva a cabo, ese acto tiene que ser el descubrimiento de aquel ser descubrible. Y así entendemos, por fin, lo que de otro modo no tiene explicación plausible, o sea la insensata insistencia en mantener que el verdadero sentido del viaje de Colón de 1492 fue que por él se descubrió el continente americano, a pesar de que muy pronto se divulgó por todos los medios posibles que lo que él, Colón, verdaderamente hizo fue algo muy distinto.

3) Por último, si se supone que el descubrimiento del ser

de la cosa se cumple por el mero contacto físico con ella, entonces, no sólo es necesario entender que la revelación se realiza con independencia de las intenciones personales del agente, sino que es forzoso suponer también que, inmanente a ella, la cosa tiene la capacidad o, por decirlo así, la intención de revelar su ser, por la sencilla razón que de otra manera no se explica cómo pudo llevarse a cabo el descubrimiento. De este modo tenemos, entonces, no sólo la suposición de que el descubrimiento es un acto en sí, dotado, por eso, de un sentido o ser predeterminado, sino que, congruentemente, tenemos la suposición de que la cosa misma es la que tiene la intención que le concede al acto dicho sentido. Y en efecto, así entendemos cómo es posible incurrir en el absurdo de que fue el continente americano el que tuvo el designio de descubrirse a sí mismo en el momento en que Colón entró en contacto físico con él, porque si en lugar de pensar que a ese trozo de materia se le concedió ese ser en un momento dado para explicarlo dentro de una determinada imagen geográfica, pensamos que lo tiene desde siempre como algo entrañablemente suyo e independientemente de nosotros, le hemos concedido, *ipso facto*, la capacidad de que nos imponga ese ser el entrar en relación o contacto con él, imposición que es como la de una voluntad o intención a la que es forzoso plegarnos, puesto que no estamos en libertad frente a él. Y así es, pues, como resulta posible que se incurra en el absurdo que hemos encontrado en el fondo de la tesis del descubrimiento casual de América. No son, por consiguiente, puramente accidentales las metáforas que suelen emplear los historiadores cuando, emocionados, describen el famoso episodio del 12 de octubre de 1492 en cuanto que en ellas se hace patente el absurdo de la tesis. Y así vemos a Morison, por ejemplo, relatar aquel suceso para terminar diciendo que "nunca más podrán los mortales hombres abrigar la esperanza de sentir de nuevo el pasmo, el asombro, el encanto de aquellos días de octubre de 1492, cuando el Nuevo Mundo cedió graciosamente su virginidad a los victoriosos castellanos".⁵⁸ Bien, pero ¿qué otra cosa delata este estupro metafísico sino la idea de que, ya plenamente constituido en su

ser, allí estaba el continente americano en secular y paciente disposición de revelarse al primero que, como en un cuento de hadas, viniera a tocarlo?

Quisiera terminar este apartado con una anécdota que quizá sirva para aclarar las cosas. Al concluir una conferencia en que acababa de exponer todas estas ideas, me abordó uno de los asistentes y me dijo: "Quiere usted decir en serio que no es posible que un hombre descubra por accidente un pedazo de oro, pongamos por caso, sin que sea necesario suponer, para que esto acontezca, que ese pedazo de oro estaba allí dispuesto o deseando que lo vinieran a descubrir."

"La respuesta —le dije— se la dejo a usted mismo; pero antes reflexione un poco y advertirá que si ese hombre no tiene una idea previa de ese metal que llamamos oro para poder, así, concederle al trozo de materia que encuentra accidentalmente el sentido que tiene esa idea, es absolutamente imposible que haga el descubrimiento que usted le atribuye. Y ése, añadí, es precisamente el caso de Colón."

XI

Ha llegado el momento de responder a la pregunta que sirvió de punto de partida a esta investigación y de sacar las consecuencias que se derivan de ella.

Preguntamos, recuérdese, si la idea de que el continente americano fue descubierto era o no aceptable como modo satisfactorio de explicar la aparición de dicho continente en el ámbito de la Cultura de Occidente. Ahora ya podemos contestar con pleno conocimiento de causa, que no es satisfactoria, porque sabemos que se trata de una interpretación que no logra dar cuenta adecuada de la realidad que interpreta, puesto que ella misma se reduce al absurdo cuando alcanza la situación límite de sus posibilidades lógicas. Pero como sabemos, además, que la causa de ese absurdo es la noción substancialista acerca de América como una cosa en sí, vamos a concluir que es forzoso desechar, tanto esa vieja

noción, como la interpretación que procede de ella, a fin de poder quedar en libertad de buscar un modo más adecuado de explicar el fenómeno.

Ahora bien, al alcanzar esta necesaria y revolucionaria conclusión, se habrá advertido que hemos puesto en crisis de sus fundamentos a la totalidad de la historiografía americana, según se ha venido concibiendo y elaborando hasta ahora. La razón es obvia: la noción tradicional acerca de América como una cosa en sí, y la idea no menos tradicional de que, por eso, se trata de un ente cuyo ser es descubrible que de hecho fue descubierto, constituyen la premisa ontológica y la premisa hermenéutica, respectivamente, de donde depende la verdad que elabora aquella historiografía. Y en efecto, no es difícil ver que si se deja de concebir a América como algo definitivamente hecho desde siempre que, milagrosamente, reveló un buen día su escondido, ignoto e imprevisible ser a un mundo atónito, entonces, el acontecimiento que así se interpreta (el hallazgo por Colón de unas regiones oceánicas desconocidas) cobrará un sentido enteramente distinto y también, claro está, la larga serie de sucesos que le siguieron. Y así, todos esos hechos que ahora conocemos como la exploración, la conquista y la colonización de América; el establecimiento de regímenes coloniales en toda la diversidad y complejidad de sus estructuras y de sus manifestaciones; la paulatina formación de las nacionalidades; los movimientos en pro de la independencia política y de la autonomía económica; en una palabra, la gran suma total de la historia americana, latina y sajona, se revestirá de una nueva y sorprendente significación. Se verá, entonces, ante todo, que el problema central de su verdad es el concerniente al ser de América, no ya concebido como esa substancia inalterable y predeterminada que ahora inconscientemente se postula *a priori*, sino como el resultado de un proceso histórico peculiar y propio, pero entrañablemente vinculado al proceso del acontecer universal. Porque, así, los acontecimientos no aparecerán ya como algo externo y accidental que en nada pueden alterar la supuesta esencia de una América ya hecha desde la Creación, sino como algo interno que va constitu-

yendo su ser, ondeante, movable y perecedero como el ser de todo lo que es vida; y su historia ya no será eso que "le ha pasado" a América, sino eso que "ha sido, es y va siendo".

De estas consideraciones se desprende que el resultado de nuestro análisis representa, por el lado negativo, la bancarrota y desmonte de la vieja concepción esencialista de la historia americana; pero, por el lado positivo, significa la apertura de una vía para alcanzar una visión acerca de ella, dinámica y viva. Pero si esto es así, si ante nuestros ojos se despliega esa posibilidad, lo primero y lo que siempre hay que tener presente es que ya no contamos, ni debemos contar nunca con una idea *a priori* de lo que es América, puesto que esa noción es una resultante de la investigación histórica y no, como es habitual suponer, una premisa lógicamente anterior a ella. Esto quiere decir, entonces, que estamos avocados a intentar un proceso diametralmente inverso al tradicional si pretendemos abordar el gran problema histórico americano, o sea, aclarar cómo surgió la idea de América en la conciencia de la Cultura de Occidente. En efecto, en lugar de partir de una idea preconcebida acerca de América para tratar de explicar —ya vimos a qué precio— cómo descubrió Colón el ser de ese ente, debemos partir de lo que hizo Colón para explicar cómo se llegó a concederle ese ser. Y si el lector ha tenido la paciencia de seguirnos hasta aquí con suficiente atención, advertirá que, desde el punto de vista del proceso cuya historia hemos reconstruido, este nuevo camino no es sino el de aceptar plenamente el sentido histórico de la empresa de Colón tal como se deduce de sus intenciones personales, en lugar de cancelar su significado como se hizo en las dos últimas etapas de aquel proceso. Resulta, entonces, si se quiere, que nuestro intento puede considerarse como una etapa subsiguiente del mismo desarrollo, pero una etapa que, comprendiendo la crisis a que conduce el insensato empeño de mantener la idea del descubrimiento de América, lo abandona en busca de un nuevo concepto que aprehenda de un modo más adecuado la realidad de los hechos. Y ese concepto, podemos anticiparlo, es el de una América inventada, que no ya el de la vieja noción de una América descubierta.

SEGUNDA PARTE

EL HORIZONTE CULTURAL